

cantar” (Souter, *Glossary of later latin*, Oxford 1949). Un significado semejante le supone acertadamente a *promet* (forma de la que, por cierto, no comenta nada), que, sin embargo, tampoco es el habitual.

No obstante, en nada empaña esto el buen trabajo realizado y presentado por Sánchez en este volumen, que pone en manos de los estudiosos por primera vez una edición fiable, basada en un elevado número de testimonios y en un estudio metódico y científico de los mismos, así como un completo análisis de los versos, especialmente desde una perspectiva literaria, aunque también lingüística, así como del problema de la autoría. Gracias a la labor de Sánchez la figura literaria de Isidoro es ahora un poco mejor conocida.

ESTRELLA PÉREZ RODRÍGUEZ

M.A. González Manjarrés, *Entre la imitación y el plagio. Fuentes e influencias en el “Dioscórides” de Andrés Laguna*, ed. Obra Social y Cultural de Caja Segovia, Segovia, 2000, 191 pp.

Comenzando por el envoltorio externo, estamos ante una monografía perteneciente a la colección “Becas de Investigación” de Caja Segovia. Todos sabemos que las grandes editoriales “no arriesgan” y difícilmente apuestan por nuevos valores en el ámbito científico, menos todavía cuando se trata de los estudios de letras, de modo que al investigador, sobre todo al joven investigador, le suele quedar abierta únicamente la puerta de los Servicios de Publicaciones universitarios o la de las cofinanciaciones. Por ello, desde aquí, queremos hacer llegar nuestra felicitación a esos modernos mecenas, en forma de bancos, que demuestran experiencia en apostar por los valores en alza. Pues el autor de este libro, sin duda, lo es. Ahora sólo nos cabe desear que también se muestren duchos en el arte de “vender” la obra, no en el sentido crematístico sino en el de difundir adecuadamente los estudios publicados, ya que constituyen la mejor justificación del trabajo de sus becarios. Y sobre todo deseamos que cunda el ejemplo.

En cuanto a la descripción del contenido, nos encontramos con un trabajo filológico riguroso y serio, muy en la línea de la escuela a la que pertenece González Manjarrés, y en el que, siguiendo un orden descendente en la estructura del libro, se trata, por un lado, de comparar el *Dioscórides* de Laguna con la traducción italiana y los comentarios que de esta obra hizo el italiano Mattioli y, por otro, de valorar las acusaciones de plagio que vertió el médico segoviano contra el alemán Jano Cornario, a propósito de la misma obra dioscoridea. Tras declarar el autor su propósito y dar las oportunas gracias, “A modo de justificación y agradecimiento” (p. 9), se sitúa el índice al que sigue una lista de abreviaturas de las fuentes que con mayor frecuencia se citan a lo largo del trabajo. No acertamos a comprender el significado de algún asterisco que se desliza al citar la versión latina del *Dioscórides* de Cornario (p. 11) y que puede ser un error tipográfico sin más. Sigue la “Introducción”, dividida en tres apartados y en la que, con la prosa rica y barroca, habitual en Manjarrés (y “de casta le viene al galgo”⁽¹⁾), se pasa revista al contexto que enmarca el estudio, el dibujado por el Renacimiento, el Humanismo en general, el médico en particular, los acontecimientos que marcaron la vida de Andrés Laguna y sus obras, centrándose de modo especial en las que forjaron la polémica analizada en el libro. Quizá el afán de condensar sea el responsable de algunos descuidos (algunas erratas en las pp. 16 y 17), otros, sin duda, se deben al corta-pega de los ordenadores, que han creado anacolutos como el siguiente: “Después de este paréntesis de Colonia, Laguna vuelve a Metz don-

(1) Quiero rendir, de paso, un pequeño y sincero homenaje a su malogrado hermano, cuya obra póstuma se acaba de publicar: D. Manjarrés, *Cebolla en Valladolid*, prólogo de A. García Simón y epílogo de J. Jiménez Lozano, ed. Ámbito, Valladolid, 2001.

de, además de continuar con sus servicios y, se encarga de conseguir el avituallamiento de las tropas imperiales...” (p. 17. Otros semejantes se ven en pp. 18 y 23).

El segundo capítulo trata de “La tradición del *De materia medica* de Dioscórides” (pp. 23-50): un estudio completísimo en el cual, tras empezar por los antecedentes de la obra del médico griego, se detiene en el autor del siglo I d.C. y su obra, pasa por el análisis de la transmisión manuscrita (que conoce dos recensiones: la genuina y la alfabética), recorre la tradición árabe, persigue la tradición latina medieval y llega hasta el Renacimiento, deteniéndose pormenorizadamente en todas y cada una de las ediciones griegas, las traducciones latinas, los comentarios latinos y las traducciones y comentarios en lenguas vernáculas que conoció esta obra entre los siglos XV y XVI, y sus sucesivas reediciones.

En el capítulo tercero (pp. 51-70) se presentan y estudian las obras que forman el *Corpus Dioscorideum* de Laguna: 1.º las *Annotationes in Dioscoridem Anazarbeum*, hechas sobre la traducción latina de su maestro Jean de la Ruelle, que “se convirtió con el tiempo en la edición vulgata de la obra en su forma latina” (p. 53), 2.º la traducción castellana de la *Materia Médica* de Dioscórides, una auténtica joya de la literatura castellana renacentista, y 3.º la Apologética epístola contra Jano Cornario, acusado de plagio por el segoviano, con las nuevas anotaciones que hizo Laguna sobre el texto de Dioscórides.

Con estos materiales en la base, el cuarto capítulo revisa “Las Fuentes del Dioscórides de Laguna” (pp. 71-80). Aquí entra de lleno González Manjarrés en el terreno de la “intertextualidad”, aunque, no siga de manera intencionada esta metodología ni su terminología tan de moda últimamente en los análisis de textos literarios. Parte el autor, con mucho acierto, del método de composición literaria seguido desde la Antigüedad hasta el siglo XIX que “ha sido aquel que asentaba su trabajo en la imitación de unos modelos anteriores considerados de forma general como fuentes insoslayables e imprescindibles” (p. 71). A partir de este punto vamos a descubrir el *modus operandi* de Andrés Laguna, que no hace sino seguir las pautas de todo proceso de composición literaria, y esto afecta lógicamente también a la literatura científica. A esta primera idea se añade la del modo de acudir a las fuentes propio de los humanistas, que no siempre se realizaba de manera indirecta sino que se acudía “a los exitosos trabajos enciclopédicos, poliantes, florilegios y antologías que con tanta profusión circularon en el Renacimiento” (p. 72). Teniendo en cuenta esto, el objetivo de Manjarrés “es valorar brevemente las fuentes médicas y botánicas que Laguna cita en los comentarios de su obra castellana, tanto antiguas, como medievales y modernas”, pues con esta premisa se entiende mejor después las relaciones establecidas con Pietro Andrea Mattioli y Jano Cornario. De manera sucinta pero efectiva consigue el autor su propósito, sin caer en el exceso que supondría enumerar un mero catálogo de fuentes exento de otras consideraciones relevantes para el objetivo que anima estas páginas. Únicamente señalaremos en ellas la presencia, de nuevo, de algunas erratas de tipo gráfico (son relativamente abundantes las faltas de separación entre palabras, del tipo “ansiasde” ([p. 71], “quienesólo” [p. 74], etc.) y una en el plano estilístico-semántico: “conociendo *en profundidad*” (p. 74), expresión definitivamente afinada en nuestro idioma por el influjo de los medios de comunicación.

Un paso más adelante supone el capítulo quinto: “Andrés Laguna y Pietro Andrea Mattioli” (pp. 81-114), en el cual, tras dedicar unas líneas a la presentación del italiano y su obra, se abren tres apartados: el 1.º, destinado a “La relación de Laguna y Mattioli” (p. 82), nos descubre un Laguna que “siempre se mostró respetuoso con el italiano Mattioli, pues alabó su trabajo y, en un gesto que casi nunca se encuentra entre los humanistas, reconoció que se había ayudado de él para la confección de su obra castellana” (pp. 82-83). Esta noble postura fue en un principio del agrado de Mattioli, aunque, como nos muestra el autor a través de los textos que se recogen, “hallamos otros testimonios que demuestran el progresivo distanciamiento del italiano respecto a Laguna” (p. 88). Pues bien, más allá del testimonio de ambos autores, González Manjarrés, en un 2.º apartado titulado “La traducción del *Dioscórides*” (p. 96), se propone “seleccionar un pequeño número de pasajes, de los muchos que podrían aducirse, en los que se aprecie con claridad esa copia que hace Laguna de la edición italiana de Mattioli, tanto en lo que atañe a la traducción del texto de Dioscórides como en lo referente a los distintos datos

eruditos que incluye en sus comentarios” (pp. 96-96). Del cotejo de las dos traducciones, la italiana y la castellana, que se presentan enfrentadas, concluye el autor: “es evidente que Laguna utilizó la traducción italiana de Mattioli, lo que, en un principio, testimonia su buen proceder científico, ya que habría sido un grave error suyo no recabar todas las versiones precedentes antes de acometer su proyecto” (p. 102). La dificultad se le presenta al filólogo a la hora de valorar los pasajes en los que resulta “palmaria” la traducción directa del italiano, más allá del texto griego o latino. No obstante, en esta postura reconoce Manjarrés un “comportamiento muy actual” en Laguna, pues “sabe imprimir a su traducción su propio sello de autenticidad, y así se aparta del estilo excesivamente literal y sintético de Mattioli y despliega el suyo propio, que tiende al periodo amplio y a la explanación de las frases con diversos procedimientos” (p. 102). De todos modos los criterios textuales del segoviano hacen que a veces difieran considerablemente las lecturas y “aunque haya numerosos ejemplos en los que la dependencia de la versión de Mattioli resulta demasiado estrecha, la traducción de Laguna es perfectamente original y demuestra con amplitud su sabio manejo de la lengua castellana” (*ibid.*).

Precisamente estas excelentes dotes de literato de Laguna se vuelven a mostrar en “Los comentarios del Dioscórides”, el tercer apartado de este capítulo quinto (p. 103), que nos da a conocer parte de esta obra literaria miscelánea, “hermoso *capolavoro* de nuestra literatura renacentista” (*ibid.*), con unas características que hacen de ella “una pieza literaria insólita, sugestiva y tremendamente original” (*ibid.*). Es cierto que estos párrafos y otros semejantes nos revelan también a un investigador prendado de su objeto de estudio pero no por ello se ve comprometida su objetividad en el análisis. Ahora se trata de descubrir las huellas de Mattioli en los comentarios e incluso en las anécdotas y datos eruditos presentados por el segoviano y demostrar que con ellos Laguna supo hacer otra cosa, más allá de la erudición, pues “busca mucho más la amenidad en la lectura y mezcla sabiamente lo científico con lo que podríamos denominar más puramente literario” (*ibid.*) Hay, pues imitación, “*imitatio* disimuladora” la llama Manjarrés, pero también un intento de superación del modelo, como trata de mostrarse a través del cotejo de los textos que se presentan en las páginas siguientes (104-113). Esta *imitatio* se consigue por diferentes procedimientos empleados por el doctor Laguna a la hora de manipular y reelaborar su fuente, bien ilustrados en una serie de ejemplos que, a nuestro juicio, el autor debería haber ordenado, pues se resumen en los siguientes: la “semiliteralidad” — que muy bien podría haber llamado “paráfrasis”, más habitual a la hora de hablar de relaciones entre textos—, la simple alusión, la sinopsis, la amplificación y la pura y llana apropiación. De todo ello se deduce que la parte más científica de la obra de Laguna “no es original, sino que procede, en casi todos los casos, de los comentarios de Mattioli” (p. 113). Pero habría que cuestionarse si la obra del segoviano se ajusta de manera estricta a los cánones de una obra científica o si, por el contrario, se trata de una obra literaria, por encima de cualquier otra consideración. En este sentido, echamos en falta alguna reflexión acerca del público destinatario de la obra, pues podría estar ahí la razón del modo de proceder del escritor-médico segoviano. Más allá del concepto de originalidad, impuesto por el Romanticismo, y que nos pesa demasiado, le pesa demasiado al autor, él mismo reconoce que la originalidad de Laguna, “habría que buscarla en la particular adaptación que hace de ese material y, sobre todo, en la mezcla constante de temas serios y graciosos, en la limpidez de su castellano, en su arduo trabajo de crítica textual y en su sabio manejo del cambio de ritmo narrativo”(p. 113), precisamente las características que “hacen del Dioscórides de Laguna una de las obras más peculiares de nuestra literatura renacentista” (p. 114). Es decir, nos permitimos añadir que el segoviano fue plenamente original, tal y como se era original en su época.

De hecho su obra luego fue, a su vez, fuente de otras, aspecto al que se dedican unas páginas en el capítulo sexto, “Las influencias: Andrés Laguna y Jano Cornario” (pp. 115-173). En el apartado primero, aunque sin ánimo de agotar el tema, y como preámbulo antes de abordar la utilización que del texto del médico español hizo el alemán Cornario, se repasa “brevemente su pervivencia en la literatura española y extranjera de los siglos siguientes” (p. 115), en un elenco de ejemplos que van desde el cirujano Daza Chacón hasta el poeta contemporáneo Antonio Gamoneda, pasando por Cervantes o Lope de Vega, entre otros. En el segundo apar-

tado se estudia “La relación de Laguna y Cornario”, conflictiva donde las haya, pues el primero acusó al segundo “de haber plagiado en su traducción latina del *Dioscórides* la mayor parte de las *Annotationes* que éste había publicado en Lión en 1554” (p. 123). Pero la enemistad había arrancado antes, a propósito de la edición latina de las *Geoponica*, un tratado enciclopédico de zoología y agricultura, que ambos escritores acometieron. La inquina trascendió lo meramente erudito y el encargado de atizar el fuego con sus exageraciones al parecer fue el segoviano. Manjarrés, fiel a su metodología, decide explorar primero las palabras de los autores para ceder después el protagonismo a los textos, que se encarga de analizar meticulosamente; así, en el apartado tercero, “Las *Annotationes* de Laguna en el *Dioscórides* de Cornario”, el objetivo es “intentar comprobar, con la exposición de algunos ejemplos, si es cierta esa copia de la que Laguna afirma haber sido objeto” (p. 144), para ello se valora primeramente la presencia de Laguna en Cornario para establecer el criterio seguido por éste — subapartado a) “Presencia de Laguna en Cornario: valoraciones (p. 144-158)—. A continuación el procedimiento seguido se realiza a la inversa, cuando se estudian las propias declaraciones de Laguna en la epístola escrita contra Cornario —subapartado b) “*Annotationes* de Laguna en la Apologetica epístola” (pp. 158-173)—. El enfado de Laguna no venía motivado por la utilización de su obra sino porque este uso se había hecho silenciando su nombre, de ahí que cargue las tintas contra el alemán, bajando al plano personal y a la diatriba más encarnizada y reservando unas páginas para comentar las 23 anotaciones que, según él, Cornario “por incuria y apresuramiento se dejó sin introducir en la versión latina del *Dioscórides*” (p. 159). Manjarrés las analiza una por una —por cierto, el título de cada una de ellas unas veces se presenta en negrita y otras no, lo cual despista un poco al lector—. De su estudio deduce que el segoviano exageró y que sus acusaciones deben matizarse, tal y como aquí se hace (p. 172), pues, como asegura en las conclusiones finales de la obra, ha podido “comprobar que la mitad de las *Annotationes* de Laguna no están recogidas en el *Dioscórides* latino de Cornario y que casi todas éstas atañen a asuntos de crítica textual. Aunque el médico segoviano dice que Cornario no las copió para disimular ese plagio, es posible ver ahí una postura consciente y razonada del alemán, puesto que prefirió seguir la edición griega que él mismo había publicado en 1529 y dejar de lado esas novedosas correcciones textuales de Laguna, que procedían de un manuscrito —el de Páez— cuya fe no había podido constatar” (p. 178). Por otra parte el estudio de Manjarrés demuestra cómo a veces Laguna se hace enmiendas a sí mismo y otras veces no sigue sus propias *Annotationes* a la hora de traducir el *Dioscórides* al castellano.

Todas las conclusiones presentadas se basan en el análisis directo y exhaustivo de las fuentes, que se ofrecen al lector traducidas a un jugoso castellano, que no desmerece el del propio Laguna, sin renunciar al latín, que ocupa su lugar a pie de página para el lector más exigente. Tampoco se ha renunciado al griego, aunque nos disgusta comprobar una deficiente calidad del mismo, con un exceso de erratas. Con todo, el trabajo que reseñamos logra con creces su objetivo “ayudar a comprender mejor la tarea erudita de los humanistas, la significación que el *Dioscórides* tuvo en el Renacimiento y el alcance y la influencia del propio Andrés Laguna en el panorama europeo del humanismo médico” (p. 178). Tras esto sólo cabía añadir el oportuno aparato bibliográfico y el índice de nombres propios que ponen fin al libro. Por ello felicitamos al autor y a sus editores.

ANA ISABEL MARTÍN FERREIRA

RUIZ DE ELVIRA, A., *Silva de Temas Clásicos y Humanísticos*, Murcia, 1999, 335 pp.

Éste es un volumen recopilatorio de 59 trabajos del ilustre filólogo (conferencias, artículos publicados en revistas, etc.), conocido sobre todo por su faceta de estudioso de la mitología, faceta que cristalizaría en su *Mitología clásica*.

En dichos trabajos se hacen patentes unas características muy peculiares, por lo que se refiere a cuestiones temáticas, metodológicas y estilísticas, que definen el hacer del prof. Ruiz